

## JOAQUIN COSTA Y LA POLEMICA SOBRE EL PROBLEMA DE ESPAÑA

Por FRANCISCO ABBAD RIOS

DE pocos años a esta parte asistimos a una nueva actualización del que se ha dado en llamar «problema de España», que por otra parte siempre estuvo entre nosotros vivo y palpitante. A lo largo de cuatro siglos, casi tres y medio hasta 1898, su recrudecimiento ha coincidido siempre con los momentos más decisivos y a veces más tristes de nuestra historia. Ya en 1521, por los días en que se combatía en Villalar, el fraile trinitario Alonso Castrillo publicaba en Burgos un libro: *Tratado de república con otras historias y antigüedades*, donde de una manera angustiosa se planteaba el problema de la organización de un estado y de la más justa distribución de la riqueza <sup>1</sup>. A continuación, otras voces, que por entonces sonaron en el desierto, abundaron en sus razones. El primer aldabonazo en serio lo da Quevedo: eran los años de Rocroy, de Friburgo, de Lens, de Westfalia y de la Paz de los Pirineos; la derrota y el hundimiento de España no podían ni ocultarse ni disimularse. Su *Política de Dios y Gobierno de Cristo* es el libro escrito bajo el peso de estos acontecimientos y su *Epístola satírica y censoria*, el grito de alarma ante lo que se venía encima; habló alto y claro, porque como decía:

«En otros siglos pudo ser pecado  
severo estudio y la verdad desnuda,  
y romper el silencio el bien hablado.  
Pues sepa quien lo niega y quien lo duda  
que es lengua la verdad de Dios severo  
y la lengua de Dios nunca fué muda».

1. JOAQUIN COSTA, *Colectivismo agrario en España*, pág. 29.

Los males de que se queja son los mismos que ponen de manifiesto cuantos han tratado estas cuestiones desde el P. Castrillo.

El siglo xviii abunda en esta literatura regeneradora, y son los nombres más excelsos quienes la cultivan: Forner y Feijóo, Jovellanos y Campomanes, Cadalso y Ponz... Así llegamos hasta el siglo xix. Entonces, a las lamentaciones de los españoles se unen las de los portugueses, éstas con mayor amplitud de visión y más alcance que las nuestras, ya que no sólo se ocupan de su patria, sino de la totalidad de la Península: la historia de las dos naciones es paralela, lo mismo en su grandeza que en sus ilusiones y amargas. Oliveira Martins, en su *Portugal contemporáneo*, en su *Historia de Portugal* y en su *Historia de civilização ibérica*, Anthero de Quental, en sus *Sonetos*, en sus *Odas Modernes* y en su estudio *Causas da decadencia dos povos peninsulares*, y Teófilo Braga, en la *Historia das ideias republicanas em Portugal* unen sus lamentos a los de nuestros escritores y elaboran un pensamiento que no difiere en casi nada del que entre nosotros se llama del 98<sup>2</sup>.

#### I.—Joaquín Costa y las obras publicadas a partir de 1946.

La literatura aparecida en estos años últimos sobre el tema de España es bastante nutrida y de muy distinto valor. Como frecuentemente he de referirme a ella y como sobre todo se trata de señalar el puesto que Costa ocupa en estas obras, bueno será el citarla, sin pretender agotarla toda, aunque sí mencionar todas las obras que por un motivo o por otro han tenido más resonancia: así comenzaremos con la de Américo Castro, *España en su historia. Cristianos, Judíos y Moros* (Buenos Aires, Ed. Losada, 1946); Carles Cardó, *Histoire Spirituelle des Espagnes* (París, 1946); Pedro Laín Entralgo, *La generación del noventa y ocho* (Buenos Aires, 1947); Melchor Fernández Almagro, *En torno al 98* (Madrid, 1948); Ramón Menéndez Pidal, *Los españoles en la Historia* («Prólogo» a la «Historia de España» por él dirigida, Madrid, 1948); Pedro Laín Entralgo *España como problema* (Buenos Aires, 1948); revista «Arbor», número dedicado a la conmemoración del cincuentenario de la generación del 98: colaboraciones de Indalecio Núñez, Fernández Almagro, García Escudero, Laín Entralgo, Gerardo Diego, Enrique Lafuente, Federico Sopen-

2. Para las relaciones de Oliveira Martins y Anthero de Quental véase el trabajo «Anthero de Quental contra Oliveira Martins» en la obra de ANTONIO SERGIO, *Ensaíos* (Lisboa, Ed. Inquerito, 1946), tomo VI, pág. 21.

ña, Germán Bleiberg, Gallego Morell, Aranguren, Torrente Ballester, Hans Juretschke, Castro Cubells, José Luis Pinillos, Baquero Goyanes y José M.<sup>a</sup> Valverde; Vicente Palacio Atard, *Derrota, agotamiento y decadencia en la España del siglo xvii* (Madrid, 1949); Rafael Calvo Serer, *España sin problema* (Madrid, 1949); Florentino Pérez Embid, *Ante la nueva actualidad del problema de España* (Madrid, 1949); Duque de Maura, *El problema de España y la familia del 98* (Buenos Aires, 1950); Vicente Palacio Atard, *El problema de España y la Historia* (Madrid, 1950).

Pues bien, estos libros ignoran a Joaquín Costa o lo presentan deformado. Tan sólo haré las excepciones siguientes: Américo Castro, que por terminar su exposición en el siglo xvi no puede dar cabida a esta figura; Menéndez Pidal, que la sitúa en la misma línea de Unamuno y Ganivet, y Fernández Almagro, que le concede la importancia y extensión que merece. Los demás, o lo ignoran o lo subestiman, en todo caso lo tratan con evidente injusticia o con errores de cierto bulto. Veamos algunos de estos textos, los más importantes y característicos. Lain Entralgo dice: «Seducidos por la voz tonante de Joaquín Costa, todos comenzaron entendiendo esa regeneración de España como programa de remedios prácticos más «reales» que políticos, reformas hidráulicas y agrarias, repoblación de montes, «escuelas y despensas», etc.<sup>3</sup>. «Los mayores de edad, hombres que habían llegado a su primera madurez por los años de la Revolución de Septiembre, siguieron fieles a su condición de predicadores y arbitristas de la generación; así Costa y Macías Picavea». «Joaquín Costa fué, si no el inventor, al menos el gran popularizador de la fórmula «Reconstitución y Europeización de España» como rezaba uno de sus títulos más famosos. Quería, según palabras suyas ulteriores, desenvolver muy intensivamente la mentalidad de los españoles envolviéndoles el cerebro y saturándolos de ambiente europeo». «Los tres conceptos de la europeización que Costa propuso fueron: escuela, despensa e higiene. De Europa quería tomar a lo sumo unas cuantas notas externas de su civilización; la verdad es que Costa, mente celtibérica si hubo alguna, no había asimilado del espíritu europeo sino aquello que más podía celtiberizarle, una vaga y rezagada vislumbre del Volkgeist romántico, la tesis de un «alma nacional» que sólo da frutos logrados cuando se realiza espontáneamente»<sup>4</sup>. «Costa no

3. PEDRO LAIN ENTRALGO, *España como problema*, en «Revista de la Universidad de Buenos Aires», julio-septiembre de 1948, pág. 112.

4. PEDRO LAIN ENTRALGO, *España como problema*, pág. 360.

tuvo una idea clara de lo que en esencia es Europa»<sup>5</sup>. «Los trabajos científicos de Costa, si cabe llamarlos así (sus investigaciones sobre la literatura y mitología celto-hispanas, sus estudios en torno a la historia de nuestro Derecho)...»<sup>6</sup>.

La obra de Carlos Cardó se ocupa muy poco de Costa pero lo hace en estos términos: «Mais ceux qui ont déterminé le monopole de l'enseignement par les gauches ont été les quatre représentants plus qualifiés de la «génération du 98», le Basque Miguel de Unamuno, l'Andalou Angel Ganivet, l'Aragonais Joaquín Costa et le madrilène José Ortega y Gasset»<sup>7</sup>.

Vicente Palacio escribe: «...Aquí nos sorprende Costa con la más extraordinaria de las declaraciones. ¿Nos sorprende? Digo mal; en realidad, estamos acostumbrados a este género de sorpresas. Lo que impidió la formación de la aristocracia del espíritu fué el exceso de conventos, la conquista de América y el Santo Oficio»<sup>8</sup>.

De todas las obras anteriormente citadas, son estos los únicos comentarios que en el cincuentenario del 98, fecha clave en la historia de España, merece un hombre que llenó miles de páginas, habló a toda clase de españoles, en academias, congresos científicos, conferencias y mitines, que fué oído con admiración, que suscitó con sus palabras apasionadas polémicas hasta poner su nombre lo mismo en los labios de los intelectuales de más altos vuelos que en los de los más modestos campesinos y pastores. Nada tendría que decir, este trabajo no hubiera sido escrito si estas frases copiadas respondieran a la realidad de lo que fué Costa, pero no es así. Quien pretendiera formar una idea de Joaquín Costa por lo transcrito, llegaría a la conclusión de que era un espíritu vulgar, una mente estrecha, propuganador de una política casera sin vuelos y sin ideales fuera de los relacionados con el estómago, carente de espíritu científico, romántico sin noción de la realidad y sectario, más apropiado para llenar las páginas del «Motín» o de «Las Dominicales» que para escribir libros y dar unas ideas y un programa para levantar a su patria. Pero, ¿es esto así? Veamos el medio en que nació y comenzó a desenvolverse.

5. PEDRO LAIN ENTRALGO, *España como problema*, pág. 372.

6. PEDRO LAIN ENTRALGO, *La generación del noventa y ocho* (Buenos Aires, Ed. Espasa-Calpe, Col. Austral, 1947), pág. 188.

7. CARLES CARDO, *Histoire Spirituelle des Espagnes* (París, Ed. Aux portes de France, 1946), pág. 150.

8. VICENTE PALACIO ATARD, *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo xvii* (Madrid, Ed. Rialp, 1949), pág. 171.

## II.—*La España que encontró Costa.*

De cuantos constituyen la generación del 98, o de su inmediata anterior—si es que a Costa se le prefiere incluir en éstos—, Gallardo, Larra, Clarín, Valera, Galdós y Ganivet, todos ellos hijos de familias aristocráticas o de la clase media, fué Costa el único que vino al mundo en un hogar humildísimo; su padre fué un labrador de Benavente de Ribagorza que en Monzón trabajaba tierras y que no poseería quizás más capital que las dos caballerías necesarias para poder trabajar; su familia, una de tantas altoaragonesas que describió luego en sus libros de modo magistral y fuertemente emotivo. Asistió contados años a la escuela pública de Graus, escuela de mediados del siglo XIX como las descritas por López Allué<sup>9</sup>, porque la necesidad de una ayuda haría que su padre le hiciera dar por terminados sus estudios muy pronto; lo destinaban a la tierra; él sería el «hereu» de la casa y por eso temprano comenzó a trabajar para ella. Pero su idea era el estudio. Forcejeos y disputas con sus padres, hasta que logra el anhelado permiso, pero no dinero; en Huesca estudia el bachillerato y el magisterio, mientras trabaja de albañil para poder mantenerse; marcha más tarde a Madrid a cursar Filosofía y Letras y Derecho; allí sufrió cuantas calamidades pueda padecer un ser humano, hambre, frío, enfermedades, el dolor de ver cómo se le iba anquilosando un brazo y no podía curarlo por falta de medios; las protecciones que tuvo, fueron más imaginarias que reales: de mosén Salamero, porque sintió mayor preferencia por otros sobrinos; de mosén Lucas Martínez, porque, humilde cura rural, aunque le socorría y ayudaba con largueza, ésta tenía que ser por fuerza demasiado corta. Esta vida explica el carácter de Costa, sus intemperancias y sus brusquedades; en lucha tenaz y despiadada subió de la nada a ser algo, sin lograr alcanzar lo que pretendía, ser catedrático; de ahí su orgullo, que es cierto era desmedido, pero no lo fué menos el de su paisano genial, Francisco de Goya, disputando con el Cabildo de Zaragoza y su cuñado Bayeu cuando vió que era muy superior a ellos. Estudió siempre, en los libros y en la vida, y atemperó las lecciones recibidas en aquéllos con lo que sucedía a su alrededor; sólo así concebía el poder llegar a ser útil, por eso apostrofó con dureza a cuantos no compartían esta doble visión; censura la «rutina y falta de interés de los notarios» y les llama «fonógrafos con arancel».

9. LUIS LOPEZ ALLUE, *Capuletos y Montescos* (Madrid, Ed. Justo Martínez, s. d.), cap. I.

¿Cómo es España cuando nace Costa, en 1846? Su pueblo, Monzón, hoy industrial, tan sólo agrícola a la sazón; pobres huertos regados por el Cinca; Graus, con cierto comercio y una vega estrecha en la confluencia del Esera y el Isábena; el paisaje de Tamarite a Sádaba, desolador, extensas estepas sin un árbol, con frecuencia también sin una mata, con la tierra agrietada por los ardores del sol en verano y por los hielos en invierno. Paisajes de Selgua, Sariñena, Grañén, Tardienta, Monegros y la Violada tan cambiado todo hoy, o en vías de cambiar, gracias a la palabra ardiente y a la pluma incansable de Costa, y como telón de tanta desolación y ruina las cumbres nevadas de Turbón y de Cotiella, de la Brecha de Rolando, de Monte Perdido y de la Maladeta, de Guara, de Gratal o de San Cosme, cuyas promesas de siglos sólo él, primero que nadie, supo leer.

En el gobierno de la nación, moderados y progresistas, riñendo por el poder. Narváez y O'Donell, Bravo Murillo y Espartero, pronunciamientos y asonadas, guerras de Méjico y Santo Domingo, corto destello de gloria en la de Africa de 1860, para volver en seguida a hundirnos en una política mezquina, llevada a cabo por hombres de vuelos gallináceos; Revolución de Septiembre, la Gloriosa, la del Viva España con Honra, inundación de retórica y gradilocuencia hueca en combinación con guerras civiles y coloniales y endémico desbarajuste en el orden y en la administración; la primera República que a Costa no satisfizo y para la que auguró un fin rápido y convulsivo; la Restauración, la frase de Cánovas: Venimos a continuar la historia de España. Y ¿qué era para los políticos de la Restauración continuar la Historia de España? Un pueblo hambriento e inculto, sin más clases directoras que unos caciques organizados y jerarquizados para mantener los privilegios de unos cuantos a costa de la vida sórdica y miserable de los más. Y ¿cuál era el ideal de esa Restauración? Con frase dura y cortante lo definió Vázquez de Mella en el Parlamento: «A los gobernantes les importaban poco los duelos de la patria, lo esencial era que continuasen comiendo los que comían»<sup>10</sup>. Unos montes pelados, unos cultivos pobres, unas minas sin explotar o en manos extranjeras, una Universidad lánguida y sin relación con la cultura de Europa, unas colonias que pugnaban por separarse de la metrópoli porque ésta seguía con ellas una política que invitaba a que no cesaran en sus propósitos; por todas partes, analfabetismo e incultura, paz y tranquilidad, sí; pero no la paz activa en la

10. JUAN VAZQUE DE MELLA, *Obras completas*, tomo VI, «Discursos parlamentarios».

fecundidad de un trabajo, sino la paz de los sepulcros o la calma chicha precursora de las tormentas. La Restauración tampoco fué del agrado de Costa; esperó que duraría poco, diez o doce años; al rey Alfonso XII le deció frases mordaces e insultos lapidarios y más de una vez por razones de este tipo tuvo que vérselas con el fiscal de imprenta. No tenía fe en la Monarquía, ni en la estructura social, ni en las Instituciones políticas, pero menos que nada en el Parlamento. Véase cómo juzgaba a nuestro régimen representativo: «El doctrinarismo reparte la soberanía popular entre el rey y el pueblo: apenas tiene más alcance que la designación de sus representantes o mandatarios a los cuales traspasa todo su poder por el acto de la elección...; el país elector es el *servum pecus*, sin personalidad propia, que recibe credo y consigna de lo alto, que obedece sin derecho en ningún caso a mandar...; piensan que el pueblo es ya rey y soberano porque han puesto en sus manos la papeleta electoral...; aquella soberanía es un sarcasmo, representa el derecho de darse periódicamente un amo que le dicte la ley, que le imponga su voluntad; la papeleta electoral es el harapo de púrpura y el cetro de caña con que se disfrazó a Cristo de rey en el Pretorio de Pilatos»<sup>11</sup>. Costa fué diputado en dos legislaturas; tan sólo una vez entró en los salones del Palacio de la Carrera de San Jerónimo. Ante esta actitud y ante las frases transcritas, cabe preguntarse: ¿Era Costa enemigo del sistema parlamentario? ¿De su falsificación por los gobernantes? ¿De la inepticia de los diputados? O ¿de las tres cosas?

No sentía mayor afecto por el liberalismo, doctrina política por pocos discutida entonces, por lo menos por el liberalismo tal como en España se practicaba; opinaba que «el liberalismo de los liberales españoles sólo llegaba hasta el dintel de la casa de los ciudadanos; para penetrar en el hogar dejaban su liberalismo en la puerta y se proclamaban sin el menor rubor absolutistas empeñados en mantener la familia encuadrada y sujeta a la voluntad despótica del legislador...; ni siquiera de puertas para afuera son liberales, que su liberalismo es una ilusión; proclaman por una parte la soberanía del pueblo, la facultad de sacar de su seno cámaras legislativas para que interpreten su pensamiento y su voluntad de un modo inmediato, indirecto, en la ley y le niegan despojándole de la facultad de manifestar esa misma voluntad de un modo directo, sin intermediario de nadie en la costumbre»<sup>12</sup>.

11. JOAQUÍN COSTA, *La libertad civil y el Congreso de Jurisconsultos aragoneses* (Madrid, Ed. Revista de Legislación, 1883), págs. 175 y 179.

12. JOAQUÍN COSTA, *La libertad civil...*, pág. 178.

### III.—*Crisis religiosa.*

En estos años se ha producido en el espíritu de Costa una crisis que padecerán también cuantos integran la generación del 98. Me refiero a la crisis religiosa. Costa era, desde su nacimiento, un gran creyente; poseía la fe firme, fuerte, enérgica y consoladora del campesino; en ella encontraba firme asidero para luchar contra toda clase de adversidades. Uno de sus biógrafos<sup>13</sup> cuenta cómo un día, en Madrid, sintiéndose solo y acosado por toda clase de miserias entró en la iglesia del Carmen y halló consuelo vertiendo en un confesor todas las tribulaciones de su alma acongojada. Mas lo cierto es que Costa, nacido y educado en el catolicismo, abandonó la religión y murió tal vez fuera de ella; la Extrema Unción, único sacramento que le fué administrado, lo recibió perdido ya el conocimiento que no recobró; por ello si se le intentase encuadrar en algún lugar, tendría que ser acaso en el de los disidentes. Sin embargo, en sus escritos asocia frecuentemente al sacerdote en la ejecución de su programa; habló a menudo del primordial papel que el cura párroco junto con el maestro tiene en la educación, formación y guía del pueblo; no dejó de darse cuenta del enorme influjo social de la religión en España y lo que otros no han comprendido sino con la trágica experiencia de una cruelísima guerra civil<sup>14</sup>, él lo comprendió siempre. Elogió a las grandes figuras católicas de la Historia de España con palabras emocionadas, como las que dedicó a San José de Calasanz<sup>15</sup>: «Aragón dió principio con San José de Calasanz, y sus Escuelas Pías a la obra más grande de los tiempos modernos, la educación de los niños pobres, adelantándose a nuestro siglo esencialmente democrático e igualitario, como si hubiese comprendido que en las abigarradas páginas del silabario más que en las relucientes hojas de las espadas estaba la suerte de las naciones y el porvenir de la humanidad»<sup>16</sup>; y finalmente, para apoyo de sus tesis y doctrinas, empleó frecuentemente textos de San Agustín, Santo Tomás, San Ambrosio y de los Papas; León XIII es estudiado y elogiado por Costa en su persona y en sus obras.

Es difícil explicar esta transformación de Costa; jamás habló de

13. JOSE CIGES APARICIO, *Joaquín Costa, el gran fríasado* (Madrid, Ed. Espasa-Calpe).

14. AMERICO CASTRO, *España en su Historia* (Buenos Aires, Losada, 1948), pág. 96.

15. El gran santo y pedagogo aragonés, ribagorzano como Costa, anterior a J. J. Rousseau y a Pestalozzi.

16. JOAQUIN COSTA, *La fórmula de la agricultura española* (Madrid, Biblioteca Costa, 1912), tomo I, pág. 237.

ella; en sus obras se nota la preocupación que le producía este problema, aunque él tuvo sumo cuidado en que nunca se transparentase y evitó siempre toda manifestación en cualquier sentido eludiendo hablar de este tema. ¿Fué su contacto con el extranjero lo que le hizo perder la fe? No lo parece. De su viaje a París regresó católico ferviente como había marchado; es bastante más tarde cuando abandona una fe que no sustituye por otra. Laín Entralgo <sup>17</sup> da una explicación de esta crisis religiosa que, como antes se dice, sufren todos los de esa generación; agudamente señala razones; que ellas contribuyeran al caso Costa es indudable; que sólo ellas fueran las determinantes, no me atrevo a afirmarlo.

#### IV.—Costa y la *Historia de España*.

En estos años de la Revolución de Septiembre, del reinado de Don Amadeo de Saboya, de la Primera República, y primeros de la Restauración, Costa publica poco y estudia mucho; no comienza a publicar de una manera regular hasta el año 1880. La *Historia de España* va a ir desfilando ante sus ojos y la vida española también; de la síntesis de ambas llegará a las conclusiones que irá exponiendo en sus escritos que le harán famoso. En estos años que corremos, en que el estudio de nuestro más remoto pasado ocupa la atención de hombres beneméritos, cuando el conocimiento de la vida y de la cultura de los iberos es el problema capital de nuestra prehistoria, recordemos a Costa que fué quien inició su estudio, con toda la falta de medios propia de aquellos años, pero con el entusiasmo y con el fervor que siempre puso en sus trabajos. El resultádo práctico fueron tres obras: «*La poesía popular española y mitología y literatura cello-hispanas*», «*Islas líbicas: Círamis, Cerne Hesperia*» y «*Estudios ibéricos*», publicadas en los años 1881, 1887 y 1891, respectivamente. Ninguna de estas tres obras aparecen citadas en los libros que sobre este tema se han publicado en España durante los últimos diez años, excepción hecha de los trabajos de José Galiay y de Miguel Dolç; no faltan, sin embargo, todos los trabajos que los extranjeros han dedicado al estudio de los problemas de nuestra prehistoria, y es un extranjero precisamente, Trend, quien reivindica la memoria de Costa como estudioso de nuestra prehistoria con estas palabras: «En 1933 un miembro de la Academia de la Historia presentó un sumario sobre los trabajos de Tar-

17. PEDRO LAÍN ENTRALGO, *La generación...*, pág. 62.

tesos hechos hasta entonces, con especial referencia a los del profesor Schulten, mencionó textos griegos y latinos, para demostrar la exactitud e importancia de un libro publicado por Costa, *Estudios ibéricos*, que decía ser uno de los más grandes esfuerzos de erudición española y lamentaba el hecho de que, pese a los méritos indudables del libro, nunca fué mencionado por autores españoles a pesar de que sus conclusiones coincidían con las de Schulten»<sup>18</sup>.

Entra Costa en el estudio de nuestra Edad Media y se siente entusiasmado y arrebatado por la tradición medieval española. Si Azorín y Machado, Baroja y Valle-Inclán encuentran en Berceo, en el Arcipreste de Hita, en el Marqués de Santillana y en Jorge Manrique la esencia de la verdadera España y el sentido español de la libertad<sup>19</sup>, Costa lo descubre en la lectura de nuestros cronistas, en las claras líneas de frases escuetas y tajantes de los pergaminos medievales, en las páginas de las capitulaciones matrimoniales y en los contratos de cultivos y ganadería y en las vibrantes y delicadas estrofas del Romancero. Frente al pseudotradicionalismo que en su época se forja alrededor de las obras de De Maistre y de Bonald y en la nuestra produce frases y consignas que huelen a «Action Française» y a cocktail podrido de Maurras, DauDET, Pujó, Bainville y Gaxotte<sup>20</sup>, él vuelve a la historia patria; en ella encuentra los fundamentos de su pensamiento, exalta la constitución política de la monarquía medieval aragonesa, su culto es la libertad individual, sus Cortes, su Justicia, sus fueros de Manifestación y de Firma, su derecho privado, la organización de la familia basada en la más amplia libertad desconocida en otros países y épocas<sup>21</sup>, y, arrebatado de entusiasmo, copia las frases de los documentos que más enaltecen esa libertad para él tan idolatrada: «Más era tenido ayudar a la patria e a la libertad del regno que no al padre o al pariente», «que si por defender la libertad del regno moría como morió Sant Tomás de de Conturberni por defender los dreytos de la Iglesia que drechamente

18. J. B. TREND, *The origins of modern Spain* (Cambridge, University Press, 1934), pág. 163.

19. CARLES CARLO, ob. cit., cap. II al VI.

20. VICENTE PALACIO ATARD, *El Problema de España y la Historia*, en «Cuadernos Hispano-americanos», julio-agosto de 1950, pág. 40. En Portugal se dió un reflejo semejante anterior al español. Véanse las obras de ANTONIO SANDINHA, *A Aliança Peninsular*, RAUL PROENÇA, *Páginas de Política*, y la síntesis que de las ideas del Integralismo Lusitano hace JESUS PABON en su *Historia de la Revolución Portuguesa* (Madrid, Espasa-Calpe, 1941-45).

21. JOAQUIN COSTA, *Derecho consuetudinario y economía popular de España* (Barcelona, Soler, 1885), tomo I, pág. 14.

me yría al Paradiso e sería en gloria con los santos <sup>22</sup>; y la más célebre que estampa Zurita en sus Anales de Aragón: «Estuvieron en esto (en exigir del rey Pedro III, antes de votar en Cortes de Zaragoza los subsidios que solicitaba para la guerra contra el rey Felipe III el Atrevido de Francia, garantías de libertad) todos tan conformes que no procuraron más los Ricos hombres y Caballeros que los comunes e inferiores teniendo concebida tal opinión, que Aragón no consistía ni tenía su principal ser en las fuerzas del Reyno sino en la libertad, siendo una la voluntad de todos que cuando ella fenesciese se acabase el Reyno» <sup>23</sup>. Refiriéndose a esta frase de Zurita y a otra que no transcribo, Giménez Soler <sup>24</sup> dice que aunque no expresan la realidad histórica del tiempo a que se refieren, sí el modo de sentir de los aragoneses en la época en que se escriben; mas para lo que aquí se trata, para las enseñanzas que sacó Costa el tiempo es indiferente ya que ello en nada desvirtúa la tesis de Costa del amor de los españoles a la libertad. No comprende, en cambio, lo que constituye la esencia de Castilla, considera su legislación y sus costumbres como tiránicas y excesivamente autoritarias; en su tiempo las investigaciones modernas sobre la Historia de Castilla no estaban ni siquiera empezadas; si no, es seguro que hubiese afirmado también cómo «la libertad económica y política de los castellanos de hace mil años es el factor decisivo en el logro de la independencia de Castilla» <sup>25</sup>.

La consecuencia y el resultado de tan intensa labor fueron el conjunto de sus obras empapadas de esa tradición española que descubre y en la que encuentra el camino de salvación para España.

#### V.—Costa investigador.

¿Cómo trabaja Costa? Sumiéndose, en primer lugar, en el estudio del pasado de España, ya lo hemos visto; recorriendo los pueblos españoles, tomando notas que escribía en sus cuartillas con una letra clara y

22. Carta de Ximénez de Cerdán a Díez de Aux, en *Observancias del Reino de Aragón*.

23. GERONIMO ZURITA, *Anales de Aragón* (Zaragoza, Imp.<sup>a</sup> de Diego Dormer, 1669), tomo I, pág. 265.

24. ANDRES GIMENEZ SOLER, *La Edad Media en la Corona de Aragón* (Barcelona, Labor, 1930), pág. 273.

25. CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ, *Observaciones a la Historia de Castilla de Pérez de Urbel*, «Cuadernos de Historia de España» (Buenos Aires, 1949), IX, pág. 140.

menuda, escribiendo y solicitando noticias y datos de los párrocos, de los alcaldes, de los secretarios, notarios, registradores de la propiedad, abogados y cuantas personas le podían informar: notas obtenidas probablemente después de reiteradas cartas (sabemos por experiencia lo frecuente que es que consultas de esta clase queden sin respuesta), escritas con paciencia benedictina en su afán de estar al día y conocer íntegramente todos los problemas. Pero Costa no se limitó a esto; leyó la bibliografía extranjera y la conoció como pocos españoles de su tiempo; en esto, como en el conocimiento del pasado español tan sólo puede ser comparado a Menéndez Pelayo, de quien fué compañero y a quien profesaba honda admiración ampliamente correspondida; sus obras se encuentran llenas de citas de los economistas alemanes Vinkelblech, Robertus, Lassalle, Marx, Schafle, Wagner; de los ingleses Adam Smith, Spencer, Woldkaff, Stuart-Mill; de los americanos Henry George, Wallace; de los franceses Blanqui, Say, Leroy-Beaulieu; del italiano Loria; de los juristas Savigny, Summer Maine, Laveleye, Nase, Sullivan, Merlin, Dalloz y Laurent, de tal modo que no trabajaba Costa de manera distinta a como en su tiempo lo hacían Codera, Ribera, Menéndez Pelayo, Hinojosa, Azcárate o Ramón y Cajal. A la española, como decía Unamuno <sup>26</sup>.

Sus trabajos merecieron estas frases de uno de los más serios y de sentido más moderno de los investigadores españoles, de Hinojosa <sup>27</sup>: «Costa fué autodidacta, como lo han sido todos los investigadores de la Historia del Derecho Español anteriores a él, Pidal, Muñoz Romero, Rodríguez de Berlanga, Oliver, Cárdenas y Pérez Pujol. Frecuentó mucho el *Corpus Inscriptionum Latinarum*. Era apasionado del método comparativo y fué el primero que lo aplicó a la Historia del Derecho Español; le eran familiares los métodos de investigación y crítica y los aplicaba no mecánicamente sino con la libertad propia de su genio; jamás presentó Costa la Historia del Derecho como almacén de antigüedades. Su mirada penetrante, como de águila, sabía desentrañar de entre el cúmulo de detalles secundarios los que constituye la esencia y originalidad de toda doctrina. Vió Costa los granos de oro, la riqueza de ideas originales y fecundas que encierran envueltas en prolijo aparato, en exuberante y abigarrado ropaje de erudición sagrada y profana, los

26. MIGUEL DE UNAMUNO, *Ensayos* (Ed. Residencia de Estudiantes), tomo VII, págs. 197 y 201.

27. EDUARDO DE HINOJOSA, *Joaquín Costa como historiador del Derecho*, «Anuario de Historia del Derecho Español», tomo II, pág. 5.

enormes infolios de nuestros teólogos y jurisconsultos de los siglos xvi y xvii, y se aplicó con ardor a desentrañarlos para hacerlos servir a sus estudios de filosofía y de dogmática de derecho. Mereció las alabanzas de Hübner en un artículo publicado en «Deutsche Literaturzeitung» por su Colectivismo agrario... Y a quien así trabajaba y tales elogios merecía ¡se le pone en duda el carácter científico de sus trabajos!

Este afán de buscar las fuentes de las ideas de renovación de España en la tradición corresponde a su adscripción como jurista a la Escuela Histórica iniciada en Alemania por Savigny y de la que Joaquín Costa es el más caracterizado representante en España. Exalta la costumbre como fuente de derecho diciendo: «El mejor legislador en toda sociedad es la sociedad misma, sea ésta una nación o una familia; no hay Digesto ni Pandectas que valga lo que una escritura nupcial para ordenar la policía y el gobierno de una familia, allí donde como en Aragón son libres los contrayentes para pactar como mejor les parezca. La humanidad no se arriesga nunca a practicar (por más que parezca paradoja) aquello de que no tiene experiencia; si el pueblo se resiste a acoger una novedad y a abandonar lo antiguo, es porque no puede abandonarlo y en vez de motejarle de rutinario debiera aplaudírsele de precavido. Bien merece el respeto de un jurisconsulto lo que ha merecido el respeto de los siglos»<sup>28</sup>. A esto va dirigida toda su labor; por esto se lamenta de que en las Universidades el pasado español se tenga tan poco en cuenta: «Sabíamos mucho de los primitivos arjos, de los germanos, de los tlascaltecas y de los marroquíes, de la constitución inglesa, del código civil francés y de las libertades suizas; ignorábamos en absoluto la historia y el derecho y la constitución y las libertades del pueblo aragonés que eran sin embargo historia, derecho, constitución y libertades españolas»<sup>29</sup>. Son los años en que se prepara la redacción de la ley de Administración Local; reúne Costa a un grupo de estudiosos con el fin de recoger en un libro y publicar cuantas instituciones pervivan por todos los pueblos de España, con el fin de orientar a los legisladores en estos problemas; de ahí saldrá su *Derecho consuetudinario y Economía Popular de España*. El prólogo del tomo segundo es muy sustancioso y encierra interesantes lecciones para conocer cómo se legislaba en España en un pasado no muy lejano... y también en el presente: «La reforma tiene tanta originalidad (copia de la prensa diaria) que no habiendo nada

28. JOAQUIN COSTA, *La libertad civil...*, pág. 177.

29. JOAQUIN COSTA, *La libertad civil...*, pág. 26-37.

nuevo en el mundo será difícil a los comentaristas apasionados quitar aquel mérito a la ley. En el ministerio (de la Gobernación) se estudian con tesón las leyes municipales de Francia, Italia, Bélgica y demás países europeos a fin de organizar el municipio y la provincia con arreglo a los últimos adelantos... Se alardea de originalidad en una esfera de la vida donde la mejor originalidad está en no tener ninguna; donde el legislador debe limitarse a ser mero intérprete del estado social y una como cámara oscura sin voluntad propia que reproduzca con fidelidad los rasgos fisonómicos del municipio tal como es. Para preparar una ley de gobierno local destinado a España se estudia el municipio inglés, el francés, el alemán, el italiano y el portugués, es decir, todo, menos lo único que debiera estudiarse: el municipio español... Mientras se prefiera el ancho y confortable camino de escribir la ley con materiales pedidos al sentido inagotable de la fantasía, junto a la chimenea de la casa de Correos, sin otra inspiración que el ruido ensordecedor de la Puerta del Sol, mientras no se resigne el legislador a escribir bajo el dictado de los ancianos de los pueblos, de sus alcaldes, secretarios, jueces, agentes y abogados, podrán salir en la «Gaceta» muchas y bien concertadas leyes decoradas con el apelativo de municipales; pero la ley municipal, la verdadera ley que refleje como claro espejo la fisonomía de nuestro municipio y el genio peculiar de su constitución interna, esa no acabará de salir y los pueblos de la Península vivirán como ahora viven sin ley, por sus propias costumbres o por el arbitrio de sus regidores»<sup>30</sup>.

## VI.—*El problema de España.*

Pero Costa no pretende tan sólo restaurar un pasado; insiste en la necesidad de «conciliar las tradiciones del Estado con las exigencias de la vida moderna y las enseñanzas de la ciencia contemporánea sin sacrificar la razón en aras de un respeto idolátrico a lo pasado, o viceversa, desestimando o tal vez menospreciando lo pasado por ceder al impulso de teorías abstractas que no valen al aire lo que se gasta en impugnarlas»<sup>31</sup>.

El desvío de la línea marcada por la tradición española, lo encuentra Costa iniciado en la entronización de la Casa de Austria; por ello

30. JOAQUIN COSTA, *Derecho consuetudinario...*, tomo II, págs. V y IX.

31. JOAQUIN COSTA, *La libertad civil...*, pág. 39.

es profunda y decididamente antiaustriacista y afirma que esa dinastía centroeuropea no caló en lo profundo de alma española. Si se leen los tratadistas y escritores de la época de los Austrias, se nota en ellos abierta oposición a lo que Costa pensaba; se presenta, firme al parecer, la adhesión de lo mejor de la España de entonces a la política y a los ideales encarnados en los reyes de la dinastía austríaca; pero no nos femos demasiado; quizás algunas de las situaciones forjadas por Larreta para aumentar el dramatismo de su novela *La gloria de Don Ramiro* pudiera resultar que fuesen reales; los archivos españoles guardan aún muchos secretos.

Acusaba Costa a la Casa de Austria del abandono de una política nacional por el cuidado de los intereses dinásticos en Centroeuropa. Un historiador moderno, Giménez Soler dice a este respecto: «Tres problemas, dos territoriales y uno de espiritualidad, más que de tierra, dejó planteados Fernando el Católico.

»Eran los dos primeros el afianzar la unión borrando las huellas del pasado medieval, haciendo que desapareciera la nomenclatura histórica y la sustituyese una sola: España; y el completar la Reconquista yendo los cristianos españoles a dominar y redimir del Islamismo atrofiador a sus connacionales africanos. Porque la Reconquista es una guerra civil entre dos tierras que deben ser una políticamente por ser una geográficamente.

»Era el problema espiritual el de América; cristianizar a los indios, europeizarlos, explotar cristianamente aquellos territorios; formar un pueblo afín al español por el alma más que por los signos exteriores variables, era la verdadera empresa.

»Los Austrias se contentaron con una unión material y no se llamaron reyes de España; sus títulos llenaron una página; más que afirmar la unión afianzaron el disgregamiento. El problema del Mediterráneo hubo de abordarlo primero Carlos V, después Felipe II; estos impulsos aislados fueron estériles. El Mediterráneo después de Lepanto fué un mar turco»<sup>32</sup>.

Estos problemas—Unidad Nacional, Africa y el Mediterráneo—, abandonados por los gobernantes de la Casa de Austria, constituyen el nervio del ideario de Costa; por eso él se situó decididamente en frente de cuanto esa dinastía representa.

Costa, que ha estudiado el pasado, que está viviendo un presente

32. ANDRES GIMENEZ SOLER, ob. cit., pág. 248.

que no le satisface y que le duele en lo más íntimo, no se resigna a esperar lo que lógicamente tendría que venir como consecuencia de ese desenvolvimiento del acontecer histórico que conoce; ve en el pasado útiles enseñanzas y no le sucede como a tantos otros que «a fuerza de vivir con los muertos, olemos a cadáver y las paredes de nuestra morada se cubren de moho»; al contrario, «abre las ventanas al amplio aliento de la vida y contempla el pasado como enseñanza para el presente»<sup>33</sup>.

¿Cómo España ha llegado a la categoría de nación a punto de jubilarse? ¿Cuál es la razón de que un político inglés, el marqués de Salisbury, la haya incluido entre las naciones moribundas? Con palabras de un economista del siglo xvii, Miguel Alvarez Ossorio, responderá Costa: «Seis accidentes destruyen la multitud de una nación, la primera la ociosidad, la segunda el hambre, la tercera la peste, la cuarta expulsión de vasallos, la quinta la guerra, la sexta faltar el don de consejo, y ésta es el origen de las cinco»<sup>34</sup>. Miraba a la nación, y viéndola cual era, decía: «Podríamos representárnosla como un compuesto de dos distintas sociedades, una que ya es casi europea, otra que vive aún en estado de tribu; aquélla la España chica, formada de los grandes, la que se ve, la que mete ruido, la de los órganos, la que ha ocupado y ocupa a los historiadores y a los periodistas; la otra, la España grande formada de los pequeños, la silenciosa y que no se ve, semejante a los mapamundis de las escuelas, la que no conoce la ley sino, al modo de Israel a su Dios, sólo por la espalda, quiero decir por el lado negativo, por lo que le estorba, por los obstáculos que le pone, por las aflicciones, el dinero y la sangre que le cuesta»<sup>35</sup>. «El pueblo—sigue—no ha llegado a saber que habíamos entrado en una nueva era de la Historia sino por el recaudador de contribuciones y el agente ejecutivo. Sigue viviendo a la antigua, pero tiene que pagar a la moderna»<sup>36</sup>.

En esto y en lo indicado antes ve Costa el nervio del problema español y fundándose en ello le busca los remedios: ahí está el sentido de la «europeización». Europeización y desafricanización de España, dos palabras que le agrada mucho emplear, tenían para él un sentido muy claro y muy concreto, pero junto con la frase: «doble llave al sepulcro del Cid» han formado a su alrededor una nube espesa a través de la

33. DEONNA, *Les lois et les rythmes dans l'Art* (París, 1914), pág. 13.

34. JOAQUIN COSTA, *La fórmula de la agricultura...*, tomo II, pág. 263.

35. JOAQUIN COSTA, *La fórmula de la agricultura...*, tomo I, pág. 9.

36. JOAQUIN COSTA, *La fórmula de la agricultura...*, tomo II, pág. 258.

cual se le ve como enemigo de la tradición española, enemigo de las glorias nacionales consagradas por la historia; y, sin embargo, nada más falso. Hay que poner en claro el significado que estas palabras tienen en la intención de Costa al pronunciarlas y para quién las dijo. Líneas más arriba, he hecho notar el contraste entre la procedencia familiar de Costa y la de los demás hombres del 98, pero la diferencia y el contraste continúan durante toda su vida. Ganivet era un diplomático y abogado que pasó buena parte de su vida fuera de España; Baroja, Azorín, Valle-Inclán, Benavente, Machado, Unamuno, Salaverría y Maeztu, ensayistas, escritores, dramaturgos y catedráticos que se dirigieron por lo general a un público, si no siempre selecto, por lo menos ilustrado; al pueblo bajo, considerando para estos efectos pueblo bajo a los artesanos, los obreros y los campesinos, no le hablaron nunca; los libros que escribían eran demasiado caros para que los pudieran comprar, si en algún caso la instrucción escasa hubiese bastado para comprenderlos. La influencia de los citados en las clases intelectuales y sólo a través de ellas en el pueblo, es innegable; no tuvieron por esto mismo que acudir tanto a frases efectistas para hacerse entender. No es igual el caso de Costa; fué tan orador como escritor y, si escribió y habló mucho para las clases directoras e ilustradas, habló tanto para el pueblo bajo a quien intentó organizar. En la figura de Costa se dan bastantes paradojas; hombre-medalla le llamó Giménez Caballero, europeizante y tradicionalista, aunque más de esto que de aquello y, por último, el juntarse en su persona la rara mezcla del intelectual y del hombre de acción; y es claro que para expresar su pensamiento tenía que hacerlo de manera que lo comprendieran, que no es lo mismo dirigirse al público que llena el salón de conferencias del Ateneo de Madrid, los de las Academias y entidades culturales, que dirigirse a los campesinos, en su mayoría analfabetos en aquellos años, que llenaban las plazas de Barbastro, Tamarite, Medina de Río Seco, La Solana, o a los obreros de Barcelona y Zaragoza. Para que lo entendieran, para que calasen en ellos sus palabras y sobre todo sus ideas, era preciso el empleo de estas frases o palabras claras, breves y lapidarias. Y en estos oyentes de blusa y calzón corto—emplearé este concepto tan de Costa—, las palabras Europa y europeizar significan progreso, bienestar, cultura y justicia; la palabra Africa todo lo contrario, barbarie, incultura, tiranía y pobreza. Algo análogo sucede con lo de la doble llave al sepulcro del Cid. Costa fué uno de los españoles que más admiró al famoso héroe castellano; de él escribió: «El programa de Mio Cid no

ha pasado todavía al panteón de las historias muertas; y España debe estudiarlo seriamente si alguna vez ha de vivir con vida propia reanudando el hilo de sus tradiciones y adquirir el equilibrio estable propio de todo pueblo que logra adaptar sus instituciones políticas a su temperamento y a su genio»<sup>37</sup>. Lo que a Costa dolía era la utilización del Cid, como de tantas figuras de la Historia de España, para tapar lacras e inmoralidades, para inconfesables maniobras políticas; le indignaba la evocación de períodos y épocas brillantes de nuestro pasado como programas prestos a ser realizados inmediatamente, tan fáciles de ser imaginados como imposibles de plasmar en algo concreto, que servían para impulsar al pueblo a correr tras ellos alocado para caer pronto, al comprobar que eran irrealizables, desalentado e inerte, y sumirse en la inacción y el mesianismo. No podía tolerar que las más brillantes páginas de nuestra Historia sirvieran de harapo para ocultar cómo una política frívola y desacertada, cómo una administración corrompida e inmoral iban, poco a poco, pero cada vez más de prisa, hundiendo a España en la ruina y en el deshonor. Si el Cid había de servir para esto era mejor cerrar su sepulcro para que no cabalgase; no es otro el sentido de su célebre discurso en los Juegos Florales de Salamanca del año 1901, en el que explica su frase y vuelve a enaltecer en brillantes párrafos la memoria y las ideas de la más grandiosa figura de la España del siglo xi. Y tan esto es así, que ya Unamuno dijo: «Tan falso fué aquello de la doble llave al sepulcro del Cid como falso fué el ¡muera Don Quijote! que lanzó otro impaciente»<sup>38</sup>.

Su programa de gobierno lo enunció con sencillez: «Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, sanar al enfermo, redimir al cautivo, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste... no son tan sólo obras de Misericordia; son justamente obras de gobierno y aun diría que no hay otro ni más gobierno fuera de ellas»<sup>39</sup>. El europeizarse para él era más una cuestión de procedimientos que de principios; al fundamentar la necesidad de esta europeización en un discurso dirigido a los agricultores, les dice: «porque la agricultura española es todavía agricultura del siglo xv, agricultura del sistema de año y vez, por falta de abonos minerales, de la rogativa por falta de riego artificial, del transporte a lomo por falta

37. JOSE GARCIA MERCADAL, *Ideario español: Joaquín Costa*, pág. 63.

38. MIGUEL DE UNAMUNO, ob. cit., tomo VII, pág. 217.

39. JOAQUIN COSTA, *La fórmula de la agricultura...*, tomo II, pág. 261.

de caminos vecinales, agricultura del arado romano, del gañán analfabeto, del dinero al 12 %, de la bárbara contribución de Consumos<sup>40</sup>, de la mezquina cosecha de cinco a seis simientes por una enterrada, del cosechero rutinario, hambriento, siervo de la hipoteca y del cacique»<sup>41</sup>. «Nivelarnos con Europa en lo físico y en lo espiritual; que el español se eleve a la condición moral de avasallado a la dignidad de hombre, que alcance la plenitud de su libertad, así política como moral, o, dicho de otro modo, que deje de padecer hambre, hambre de pan, hambre de instrucción y hambre de justicia, tres coeficientes necesarios de la libertad»<sup>42</sup>.

En el citado discurso de Salamanca enumera los problemas a los que da la primacía: tres son económicos, el social, el agrario y el técnico; dos son de enseñanza, el científico y el pedagógico; uno es político, el de la reorganización del Estado. Para resolverlos invoca, ya lo hemos dicho, la tradición de la Edad Media, pero no desdeña las doctrinas de los españoles de los siglos XVI y XVII; es en Luis Vives y en Fray Luis de León en quienes se apoya para fundamentar su doctrina política; de Fray Luis de León, en su obra *Los Nombres de Cristo*. Como para el brillante agustino, para Costa el gobernar no consiste en dar leyes ni poner mandamientos, sino en apacentar y en alimentar a los gobernados, no guardando una regla uniforme con todos y en todos los tiempos, sino en cada tiempo y ocasión ordena su gobierno conforme al caso particular que rige<sup>43</sup>. Evoca la grandeza del pensamiento español en encendidos párrafos, como el que sigue: «Aquel coro de figuras gigantes: el Gran Capitán, Fernando el Católico, Vasco de Gama, Alburquerque, Magallanes, Hernán Cortés, Vives, Suárez, Vitoria, Servet, Antonio Agustín, Lope de Vega, Cervantes, Camoens y Velázquez, generación de semidioses, sobrada para un ciclo legendario casi mitológico superior a la Iliada y al Ramayana, tejió a las naciones peninsulares una corona de grandezas tan maciza y tan sólida que por ella viven aún en la memoria de la humanidad y ocupan un puesto en la Historia Universal y habrían asegurado para muchos siglos la hegemonía de la raza blanca en la acción lo mismo que en el pensamiento si hubiesen tenido como

40. En el actual sistema tributario existe la Contribución de Uso y Consumo como una de las básicas.

41. JOAQUÍN COSTA, *La fórmula de la agricultura...*, tomo I, pág. 108.

42. JOAQUÍN COSTA, *Crisis política de España* (Discurso leído en los Juegos Florales de Salamanca el 15 de Sep. de 1901 (Madrid, Ed. Fortanet, 1901), pág. 10.

43. JOAQUÍN COSTA, *Crisis política...*, pág. 19.

no tuvieron descendencia»<sup>44</sup>. ¿Cuál es el papel que Costa asigna a España en el concierto de las naciones? «Como hace falta que un hemisferio se contraponga a otro hemisferio para asegurar el equilibrio material del astro, la humanidad terrestre necesita una raza española, grande y poderosa, contrapuesta a la raza sajona para sostener el equilibrio moral en el juego infinito de la historia; no correspondería a la grandeza de la habitación terráquea la grandeza del inquilino hombre, si al lado del Sancho Británico no se irguiese, puro, luminoso y soñador, el Quijote español, llenando el mundo con sus locuras, afirmando a través de los siglos la utopía de la Edad de Oro y manteniendo perenne aquí abajo esa caballería espiritual que cree en algo, que siente pasión por algo y que con esa pasión y esa fe y con ese sacrificio hace que la tierra sea algo más que una factoría y un mercado donde se compra y se vende; no ya por sugestión de patriotismo, por altas razones y deberes de humanidad, estamos obligados a fomentar el crecimiento y la expansión de la raza española»<sup>45</sup>. ¿No es esto acaso la europeización en los medios y la españolización en los fines de que tanto se habla ahora y que Costa había señalado hace cincuenta años?<sup>46</sup>. Y en este pensamiento de la europeización se nos presenta firmemente asentado en la tradición del siglo XVIII, la de Campomanes, Jovellanos, Aranda, Larruga y Ponz, que conocía como pocos en la España de entonces. Muy español y muy moderno, que España no renuncie a lo que es ella, que cumpla sus fines históricos, que, como dice Unamuno, irrumpa en Europa con brío para imponer a San Juan de la Cruz, a Cervantes y a Velázquez, pero que conozca a Descartes, a Kant y a Hegel; pero para esto que cree riqueza, que cruce la superficie de su suelo de ferrocarriles y de carreteras, su cielo de telégrafos y de teléfonos (líneas aéreas diría ahora si viviera), que abra pantanos y canales, escuelas, universidades, bibliotecas y laboratorios pero en silencio: «los ruseñores producen poco; los perros ladrones son poco mordedores. Sólo el silencio es fecundo. No podremos regenerarnos sino por la santa y la creadora virtud del silencio. España necesita antes que nada y por encima de todo un parlamento silencioso, un pueblo silencioso y un gobierno

44. JOAQUIN COSTA, *Colectivismo agrario en España*. pág. 27.

45. JOAQUIN COSTA, *Estudios jurídicos y políticos* (Madrid, Biblioteca jurídica de autores españoles, 1884), pág. 286.

46. FLORENTINO PEREZ EMBID, *Ante la nueva actualidad del problema de España* («Arbor», comentario a dos libros sobre España), pág. 14.

silencioso»<sup>47</sup>. ¿Es antiespañol quien así habla, como hace poco se ha dicho? <sup>48</sup>. ¿Es justo arrumbarlo y dejarlo a un lado calificándolo de mero arbitrista? ¿Se le puede llamar sectario? Unamuno lo calificó con justicia que no le han sabido continuar después: «Uno de los españoles más antieuropeizantes en el sentido en que toman eso del europeísmo todos esos definidores pedantes que no dejan caer de la boca el imperativo categórico de Kant o el binomio de Newton, uno de los antieuropeizantes, digo, era Costa»<sup>49</sup>.

De la manera indicada vió Costa planteado el problema de España y dió las soluciones concretas para resolverlo. Cuando se ha afirmado recientemente que «hoy el problema de España está a punto de caducar superado por el problema de Europa»<sup>50</sup>, no es posible dejar de recordar a Costa. No hay duda que hoy el problema de Europa se ha sobrepuesto al de España; de su solución depende, en gran parte, nuestro porvenir, y digo en gran parte porque España no es Europa ni puede tampoco dejar de serlo completamente. España es Eurafica; ese es nuestro destino histórico, ser el pueblo que integre en una unidad de cultura Europa y Africa y quizás todo el mundo islámico; pero para ello es preciso que aparte los rumbos que Europa pueda tomar, planteado nuestro problema con sinceridad, recorramos los caminos para resolverlo con decisión; y esto ahora, cuanto antes, sin apresuramientos atolondrados y sin pausas irracionales; no hacerlo así sería traicionar a nuestra sangre, a nuestra historia y a nuestra fe. El mundo marcha cada día más de prisa y corremos el riesgo de quedar rezagados y no poder recuperar el tiempo perdido; el porvenir puede resolverse a nuestro favor o en contra nuestra; de nosotros y sólo de nosotros depende el que la solución sea una u otra. Esperemos que sea la primera, pero sobre todo trabajemos para que así sea.

47. JOAQUIN COSTA, *La fórmula de la agricultura...*, tomo I, pág. 343.

48. Con motivo de la inauguración de la Exposición Burgalesa en Madrid, el Director general de Propaganda, profesor Pedro Rocamora, pronunció las siguientes palabras: «Cuando el extranjerismo de la política española inaugura el sombrío período de nuestra decadencia, los que se olvidaron del sino histórico y de la misión providencial de España, afirmaron que había que cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid. Aquella monstruosidad era sólo propia de los hombres de linaje, de los que no se sienten continuadores de esa ejecutoria que da la sangre y la raza, de los que sólo piensan en el futuro porque teniendo ellos una mala y corrompida progenie les avergüenza volver los ojos al pasado» (diario «A B C», día 23 de enero de 1951, pág. 24. Edición de la mañana).

49. MIGUEL DE UNAMUNO, ob. cit., tomo VII, pág. 200.

50. VICENTE PALACIO ATARD, *El problema de España...*, pág. 46, nota.

VII.—*La influencia de Costa.*

¿Cuál ha sido el influjo de Costa? Podemos afirmar, sin duda alguna, que enorme, de tal modo que pudo escribirse «que es imposible prescindir de su nombre para cualquier relación de los orígenes de la España moderna»<sup>51</sup>. A él se debe buena parte, ya lo hemos visto, de la investigación de la historia de nuestro Derecho, el haber recogido nuestras instituciones consuetudinarias; por eso el Apéndice al Código Civil correspondiente al Derecho Foral de Aragón puede considerarse obra suya. También impulsó de modo decisivo la realización de los riegos artificiales que con ritmo más o menos rápido, según las épocas, se llevan a cabo en España desde los planos de Gasset. Por su esfuerzo se logró el Canal de Aragón y Cataluña, obra que, iniciada en 1783, no se terminó hasta siglo y pico después, hasta 1905; la extensión de tierras que se podrían poner en cultivo intenso con estos canales y los del plan de Riegos del Altoaragón sería de más de 200.000 hectáreas, igual a la reunión de las huertas de Granada, Murcia, Valencia y Castellón; como dice Jean Brehnes: «Il semble qu'une ère nouvelle doive s'ouvrir pour l'Aragón, grâce a l'initiative et a l'infatigable activité de Joaquín Costa»<sup>52</sup>. El agradecimiento que el país guarda para Costa es inmenso; gracias a él, cien mil hectáreas se han convertido en tierra a propósito para cultivos industriales, algodón, lino; se han levantado fábricas de harinas y azucareras, se han montado industrias textiles y de conservas; de otras tierras españolas menos afortunadas, hombres sin tierras se trasladan a colonizar y cultivar esos nuevos regadíos, estepas hace cuarenta años, desérticas, inhóspitas y tristes, y hoy totalmente cambiadas, donde son casi desconocidos los conflictos laborales, donde los tribunales del trabajo tienen muy poco que hacer, en donde los jornales superan en más de un 100 % a lo mínimo determinado en las bases y reglamentos del trabajo, donde el campesino duerme en cama, come carne cada día, no cubre su cuerpo con andrajos; donde ha desaparecido totalmente la mortalidad infantil y se desconocen los niños descalzos, andrajosos y enfermos; allí donde los niños y las niñas asisten a la escuela, leen revistas y periódicos, oyen las emisiones de radio y asisten a sesiones de cine, se ha olvidado el arado romano y casi el trillo de pedernal y poco a poco, esto más despacio de lo que convendría

51. TREND, ob. cit., pág. 154.

52. JEAN BRUHNES, *L'Irrigation, ses conditions géographiques, ses modes et son organisation, dans la péninsule ibérique et dans l'Afrique du Nord* (Paris, Masson, 1904), pág. 120.

van cambiando sus caballerías de trabajo por el tractor y la trilladora. Aun queda mucho que hacer, quizás más de lo que se ha hecho; debe terminarse con ese aspecto sucio y hosco de los pueblos, enseñar y educar a esos campesinos en magnífica situación para asimilar cuanto se les enseñe, ya que sus más acuciantes y angustiosos problemas los tienen resueltos. Pero el paso ha sido gigantesco. Que les pregunten a los labradores de la Litera quién es Costa; los viejos contestarán con emoción, los jóvenes con firmeza que si hoy viven como hombres, a él se lo deben. Su recuerdo, a los cuarenta años de su muerte, está todavía vivo.

La primera de las publicaciones de Costa, *Ideas apuntadas en la Exposición Universal de París*, tiene la fecha de 1868; sus libros más importantes, *Derecho Municipal*, *Derecho Consuetudinario*, *La libertad civil y el Congreso de Jurisconsultos Aragoneses*, *Estudios Jurídicos y Políticos*, *La cuestión de Africa*, *Colectivismo Agrario*, están escritos dentro de la última quincena de siglo xix y formaron en gran parte a los hombres que comienzan a escribir al nacer el siglo xx. Unamuno lo leyó mucho y llegaron a colaborar juntos en alguna obra <sup>53</sup>; discípulo y colaborador suyo fué Altamira <sup>54</sup>; Azorín lo leyó con atención; Baroja lo trata con la ironía y el desprecio a que nos tiene acostumbrados, pero no olvidemos que el héroe de una de sus novelas más características, *César o Nada*, César Moncada, intenta realizar la labor que Costa propugnara, planta árboles, construye fuentes, traza carreteras y abre bibliotecas. Zulueta <sup>55</sup> señala que a propósito de una obra que no llegó a publicar, *Puede España ser una nación moderna*, tuvo Costa una conversación con Ortega Gasset y éste reconoce el influjo que aquél tuvo en su formación con estas palabras: «Su libro *Reconstitución y europeización de España* ha orientado durante doce años (escribe esto en 1910) nuestra voluntad a la vez que en él aprendimos el estilo político, la sensibilidad histórica y el mejor castellano. Aun cuando discrepemos en algunos puntos esenciales de su manera de ver el problema nacional, volveremos siempre el rostro reverentemente hacia aquel día que sobre la desolada planicie moral e intelectual de España se levantó señera su testa enorme, ancha, alta y cuadrada» <sup>56</sup>.

53. *Derecho Consuetudinario...*, tomo II: «Aprovechamientos de comunes, Lorra, seguro mutuo para el ganado», pág. 37.

54. TREND, ob. cit., pág. 23.

55. JOSE GARCIA MERCADAL, ob. cit., pág. 23.

56. JOSE ORTEGA Y GASSET, *Personas, Obras, Cosas* (Madrid, Renacimiento, 1916), pág. 248.

Y no son, ni pueden ser, ni en ningún momento he pretendido que estas líneas fueran un estudio definitivo y total sobre la vida y la obra de Joaquín Costa; un hombre de sus dimensiones no puede encerrarse en los límites, por amplios que sean siempre angostos, de un artículo de revista; quise apoyarme para cuanto va escrito en los libros que Costa hizo, todo lo más alejado posible de intención polémica o batalladora, y entre éstos con preferencia en los de más hondo carácter científico; era el modo de citar lo escrito con mayor calma y serenidad de juicio y por tanto de un valor más permanente y actual; no extrañe por eso no hallar citas de buena parte de su obra. He intentado recordar a Costa injustamente olvidado, llamar la atención sobre uno de los pocos grandes aragoneses, no sea que como a Gracián o como a Goya tengan que descubrirnoslo algún Schopenhauer, Teófilo Gautier o Víctor Hugo; mi espíritu aragonés se revelaba contra lo que parecía y parece una conspiración del silencio, contra este prurito de mantener totalmente apartado de esta reactualización del problema de España a quien sintió la angustia de la patria como suya propia, a quien la amó sobre todas las cosas y dedicó su vida entera a pensar y trabajar por su resurgimiento.

